

# Aliso

revista



Nº16 | MARZO 2020

López Ruz  
2015



**Escribieron en este número de Aliso Revista:** Pata Gómez, Pablo Alejandro Álvarez Miorelli, Melé Graglia, Alejandra Gauna y Rafaela Balbi.

La obra de la tapa es de la Artista Plástica Prof. Liliana López Ruz y forma parte de una colección de dibujos y pinturas que se encuentran en el libro *Latidos*, escrito por Pablo Alejandro Álvarez Miorelli.

[www.anaeditorial.com](http://www.anaeditorial.com)

f Ana Editorial  
@anaeditorial

## EDITORIAL

### LALITERATURA ENTRERRIANA CRECEENTODA LAREGIÓN

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, y cuenta con la colaboración de Nicolás Tavella y Lucía Puntín. Es la revista de Ana Editorial. Siempre apostamos al papel, por eso hacemos libros. Pero a nuestros libros también los ofrecemos en sus versiones digitales. En la web de la editorial –[www.anaeditorial.com](http://www.anaeditorial.com)– desde este mes, también se podrán leer varias de las notas de la revista y de esta manera sabemos que podremos llegar a muchos más lectores.

Aliso Revista logró mantenerse en el tiempo a pesar de la situación económica. Ese era uno de nuestros objetivos. Las publicaciones de este año las iniciamos ahora, en marzo, y haberlo logrado fue parte del trabajo que nos dimos.

Es cierto que salimos en un mes complicado, bajos las medidas del Estado Nacional, Provincial y Municipal para enfrentar el Coronavirus. Desde la revista creemos que nues-

tro pueblo debe tomar en sus manos esta situación, cumplir, impulsar y resolver las medidas de seguridad e higiene, estar atentos y alertas. Y como muchos deben quedarse en sus casas, Aliso Revista también se ofrece para acompañarlos.

Este año, Ana Editorial inició su trabajo con numerosas propuestas. Rumi, el primer libro de Rocío Fernández Doval, es una de nuestras mayores apuestas. Entre las novedades se destacan Plantar un árbol de olivo de Chiche Bria, Solo aquí puede ocurrir esto de Silvina Pugliese, Diente de león de Alejandra Cordero, La suerte de las flores de Melé Graglia y Paraná la no fundada Visión 2 de Abel Edgardo Schaller. Esperábamos entre marzo y abril realizar las presentaciones de cada uno, ahora habrá que redefinir las fechas. De todos modos, estos libros ya se encuentran en las principales librerías de la zona.

Este último mes, publicamos Juguemos con los versos, de Jorge Alberto Bergallo: se trata de un libro de poesías para niños prologado por María Azucena Cataña. También Santa Elena Life and Cultur de Alba María Gamarra y un grupo de colaboradores: es un material educativo para la enseñanza del inglés.

Por último y entre otros, está en proceso de publicación Latidos de Pablo Alejandro Álvarez Miorelli, El consuelo de los tontos de Pata Gómez, Misterios en el ocaso de María Rafaela Balbi, Sobre la tierra de Fabián Herrero, Manual de historia argentina de Omar Belardinelli, Entre líneas nos encontramos de Graciela Caffé y Entre olímpicos de Juan José Noguera. También preparamos una nueva reimpresión de Crónicas patrias de Pablo Felizia y la segunda edición de Un rayo en el mundo de Mariana Bolzán.

A lo largo del año tenemos preparadas varias sorpresas y nuevos títulos que rodarán por las calles entrerrianas.



# EL GRILLO

Este cuento es de **Pata Gómez** y pertenece al libro **El consuelo de los tontos**, obra que está próxima en ser publicada.

Hans no podía dormir hacía ya más de una semana por el punzante canto que emitía un grillo.

Se levantaba en la madrugada y recorría los placares, buscaba debajo de la alfombra hindú y de la cama, pero no podía hallarlo.

Era instantáneo, al pararse el grillo se callaba y al acostarse el grillo volvía a cantar.

Como Hans no podía conciliar el sueño, empezó a tomar pastillas, pero el sonido era aún más eficaz que el poder de las drogas.

Se cambió de habitación, hasta durmió en el balcón, pero el grillo lo perseguía. Vacío alacenas y armarios, desarmó el televisor y el motor de la heladera pero no podía dar con él.

Sus hábitos se habían transformado, como así también sus conductas, aseguró Ofelia su pretendida, ya que varias veces en que estaban haciendo el amor Hans abandonaba el acto sexual para buscar al insecto.

Hans dormía en el tren, en su trabajo, en el colectivo y soñaba con su grillo, lo imaginaba como de dieciséis centímetros, de cabeza grande y libre, con cuatro alas, antenas largas, de coloración negra rojiza y de mirada desafiante.

Hans rociaba su casa con todo tipo de insecticida, pero el grillo seguía chillando.

Una noche Hans divisó a su grillo saltando desprevenido del cajón de las medias al de



los calzoncillos y por sorpresa lo capturó. Nada de asesinarlo ya que el exterminio de los grillos causa mala suerte.

Así fue que lo llevó hasta el baño y lo arrojó al inodoro, con placer apretó el botón y una catarata de agua mezclada con desinfectante se lo llevó hacia la muerte.

Esa noche Hans durmió plácidamente, pero al despertar, el grillo, agigantado, estaba parado junto a él y ante la falta de reacción, el ortóptero lo capturó. Sin permitirle siquiera defenderse lo llevó hasta el baño y lo arrojó a un inodoro de más de tres metros de diámetro, apretó el botón y Hans se ahogó en una mezcla de agua y de inhumanidad.

Esa noche el grillo pudo cantar libremente.



## Diente de león

Vestigios de una infancia

Alejandra Cordero



EDITORIAL  
ana

## Diente de león

Vestigios de una infancia

Alejandra Cordero

EDITORIAL  
ana

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com /  
0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

# LATIDOS

Esta poesía es de **Pablo Alejandro Álvarez Miorelli**, de su libro **Latidos**, una obra próxima a presentarse. La ilustración de la tapa de **Aliso Revista** de este mes, reproduce una obra que forma parte de este trabajo.

Latidos en demasiado finito y en demasiado universo,  
en un solo cuerpo,  
al anhelo del olvido del registro de miradas,  
que otros escriban los capítulos quizás inconclusos,  
que otros lo intenten.  
La vida duele en cada huella,  
en cada marca de intentos nuevos,  
duelen los latidos ausentes y duelen los nuevos,  
Que lo intenten otros, así por rabia, que lo intenten otros,  
Latidos de transparentes rodar incontenibles, fluyen  
y no son gratis, el cuerpo duele, la vida duele,  
que lo intenten otros, los que me han herido.  
Un espíritu libre, no menos cansado, no menos dolido.  
Aún me conmueven los atardeceres,  
esa luna plateada,  
las mismas luchas de siempre  
la noche desnuda de algunos latidos  
el aire que falta en mi cuerpo roto.  
Un poco más de tiempo, sólo un poco más de tiempo  
para olvidar las heridas, para borrarlas en lluvia  
para anidar en el alma amaneceres nuevos  
para volver al cobijo de los abrazos viejos.  
El camino del olvido, de aquel sin destino de tantos recorridos.  
Un poco más de tiempo para vibrar  
al viento de otoño incipiente  
y seguir a la par el vuelo de ocres.  
Seguir el torcido destino de un espíritu libre.  
Demasiado finito y demasiado universo en un solo cuerpo,  
que hubo que torcer destinos para asegurarme que sigo vivo,  
que sigo vivo, aunque duelan los latidos.

# LASUERTE DE LASFLORES

Este cuento da título al libro de **Melé Graglia**. La obra será presentada en Hernández en una fecha a confirmar.

Amanece el lunes. Eva recién se ha levantado y, envuelta aún en una bata larga, entra a la cocina. Alta, de huesos muy marcados, con el pelo enrollado en su acostumbrado rodete sobre la nuca, se agacha para encender una hornalla y, como todos los días, pone la pava con agua para cebar unos amargos a su marido. Sabe que a la misma hora de siempre, Miguel aparecerá ya listo y apurado para salir y todo tiene que estar preparado y ordenado para él.

—La mujer está hecha para servir —como queriendo convencerse, repite esa frase de la abuela que su madre le recordaba a menudo.

Mientras alista todo, evoca fugazmente aquel muchacho con quien se casó a los dieciocho años cumpliendo el dictamen familiar, con más temor que amor. Un año y medio más tarde nació Esther y después Amelia y Juana llegaron cada dos años. Al mismo tiempo que el amor se fue apagando, el temor fue creciendo. De ahí en más, su vida fue para las hijas y la casa.

La entrada de Miguel a la cocina la sobresalta y se le acerca ofreciendo un mate en silencio.

—Me voy al campo y no vuelvo para el mediodía —informa el hombre con voz firme, en tanto se termina de atar un pañuelo al cuello y poner una campera de cuero.



—Hoy vas a tener que hacer unos trámites en la municipalidad, acá te dejo todo anotado —dice y deposita sobre la mesa unos papeles. En los ojos de Eva brilla la bronca pero no responde. Ni siquiera es necesario. Él está seguro de que ella cumplirá—. Ah. Y tené preparada la cena para las ocho porque después voy a salir —le ordena y al pasar junto a ella se agacha levemente, le roza apenas la frente con los labios, y se va con un hasta luego.

Todavía siente el rastro del desagradable olor a tabaco y a bebida que tenía su marido al regresar del club la noche anterior. La asqueó ese tufo como todas las noches, pero se quedó quieta simulando estar dormida y se aflojó al escuchar los prontos ronquidos del hombre.

Deja el mate sobre la mesa y se acerca al espejo que cuelga de la pared empañado por el vapor. Mira su rostro contraído por las frustraciones con cierta curiosidad, como si observara a una desconocida; toca las líneas de expresión que tan temprano se le han marcado y dibuja con el índice una sonrisa forzada en la imagen que le devuelve el espejo.

Después se viste para recorrer el jardín del frente de su casa en las afueras del pueblo, el recreo de



todos los días a esa hora. Al caminar roza las plantas con su pollera gris a media pierna y se arremanga la blusa blanca para no mancharla. Observa meticulosamente plantas y flores. De vez en cuando toca una hoja, se acerca a una flor para aspirar su aroma o levanta una rama caída. Se detiene un momento junto al cerco que separa el patio del de su vecina y las hortensias que bordean el tejido de alambre por el lado opuesto atrapan su mirada. Los ramilletes de flores compiten entre sí con colores que viran desde un tenue rosa casi blanco al fucsia, pasando por el azul y un rosado intenso. Por qué será que siempre me ha gustado tanto el color de las hortensias, se dice y agrega luego, tan distinto al de mi vida. Las chicas en la escuela, el marido siempre ausente, se ha acostumbrado a hablar sola en voz baja.

El jardinero aparece empujando una carretilla con herramientas.

—Buen día, patrona. Mirando las plantitas como todas las mañanas.

—Buenos días, don Aparicio. Lindas están.

El hombre sigue su mirada y agrega:

—Pero no tan vistosas como las hortensias de la vecina.

—Tan coloridas —dice ella con un dejo de envidia.

—Se reproducen fácil. Si quiere le pide unos gajos a doña Rosa y hago plantas para su jardín.

—Ni se le ocurra —responde la mujer de inmediato—. Tengo tres hijas mujeres. Ya sabe lo que dicen... donde crece esta planta no van a conseguir marido las niñas.

—La suerte de las flores... —murmura el jardinero.

—Usted porque tiene varones —agrega Eva—. Por ahora siga nomás con mis dalias, jazmines y esos malvones que florecen tan lindos.

—Como usted mande, patrona —responde Aparicio, se acomoda la gorra y se agacha para limpiar alrededor de los arbustos, doblando



sobre la azada su espalda encorvada por los años y el oficio.

A lo lejos se escucha el silbato del tren lechero. Todos los días, a esa hora, hay mucho movimiento en la vieja estación del ferrocarril porque los peones de los tambos de la zona cargan tachos con leche para ser trasladados a la fábrica de productos lácteos de la ciudad vecina. El sonido se vuelve a escuchar más prolongado e intenso que otras veces.

—Será para alertar algún distraído que no se cruce por el paso a nivel —murmura.

El silbato vuelve a sonar largo y fuerte y le recuerda su sueño de la noche anterior. Iba viajando con sus hijas en un tren que pitaba con un sonido largo y angustioso. Ella les decía a las chicas “algo va a cambiar”. Se despertó de golpe transpirando sin saber a dónde iban ni cuál sería el cambio; trató de dormirse nuevamente pero no pudo regresar a ese sueño. —Ya nada puede cambiar —se dijo.

De pronto, las siete campanadas del reloj de la cocina la despiertan de sus recuerdos.

—¿Por qué se demora Juanita que ya se tiene que ir a la escuela? —rezonga.



## Juguemos con los versos

Jorge Alberto Bergallo

EDITORIAL  
ana

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com /  
0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

Al darse vuelta descubre la figura de la niña en el vano de la puerta con su almidonado guardapolvo blanco tableado. Levantando la voz le reclama:

—¿No tendrías que estar ya lista para marchar, vos? Vas a llegar tarde —Las mejillas de Juanita están más rosadas que siempre, y al ver sus ojos su madre exclama—. ¿Qué te pasó? —Ante la falta de respuesta insiste con urgencia— ¿Qué te pasó, Juanita?

La niña levanta el ruedo de la parte de atrás de su guardapolvo y le muestra la tela con una mancha color rojo que parece llenarla de angustia. La madre se acerca y la abraza cuando le dice:

—Ahora sos una señorita, vamos que te ayudo a lavarte y cambiarte.

Juana siente el calor del abrazo de su madre sobre los hombros y, aún sin entender el porqué, suelta las lágrimas que ha estado guardando.

—Ya está, no es nada —insiste la madre apretando contra su cuerpo—, te prepararé un tecito y te vas rápido a la escuela, ¿sí? —Al darse vuelta, la mujer tropieza con las botas que su marido le ha dejado en el lugar de siempre para que se las lustre y las patea con bronca. Respira profundo y traga saliva



### *Diseño gráfico y sublimación*

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino  
 correo electrónico: [ideasenremolino@gmail.com](mailto:ideasenremolino@gmail.com)



antes de repetirle a su hija como un eco— Ya está, no es nada —aunque por dentro piensa ¿nada?

Prepara el té para la niña que lo bebe en silencio. Atraviesan el patio por el caminito que conduce a la puerta de calle y la despide con un beso. En la cocina le cambia yerba al mate que había abandonado, toma uno y comienza a preparar el almuerzo.

—Lunes, otra vez puchero —dice—, mejor lo dejo en marcha —Pone la carne en la olla con agua y agrega sal; pela papas y lava el resto de la verdura traída de la huerta y sumerge todo en una fuente con agua y vinagre. Aparicio interrumpe la ceremonia desde la puerta. Se ha sacado la gorra, la sostiene con las dos manos y le habla mirando al piso.

—Patrona, hay un policía ahí afuera, quiere hablar con usted.

—Ya voy... O mejor hágalo pasar —responde Eva y murmura para sí secándose las manos con el delantal. Aparicio entra con el agente.

—¿Qué necesita? Mi marido ya salió y regresa al atardecer.

Por un momento, el hombre titubea antes de responder.

—Justamente de él le quería hablar. Me dijo el comisario que se comunique con la dependencia. Ha tenido un problema. Pero no se preocupe señora, el comisario le va a explicar.

—¿Qué le pasó? —Se seca las manos con el delantal que se ha arrancado de la cintura.

—El comisario le va a explicar —repite el hombre sin más argumento y sale apresuradamente.

Eva se acerca al teléfono, levanta el tubo y disca el número de la policía, pero nadie contesta.

—Por favor, vaya rápido a pedirle a Don Cosme si me puede acercar hasta la comisaría —le dice a Aparicio que está parado en un rincón rotando su gorra de mano en mano. Mientras ella busca la cartera, escucha el sonido del motor del viejo Dodge del vecino y al asomarse a la puerta lo ve sentado esperándola.

—¡Enseguida voy! —le grita— Busco un saco y ya estoy con usted.

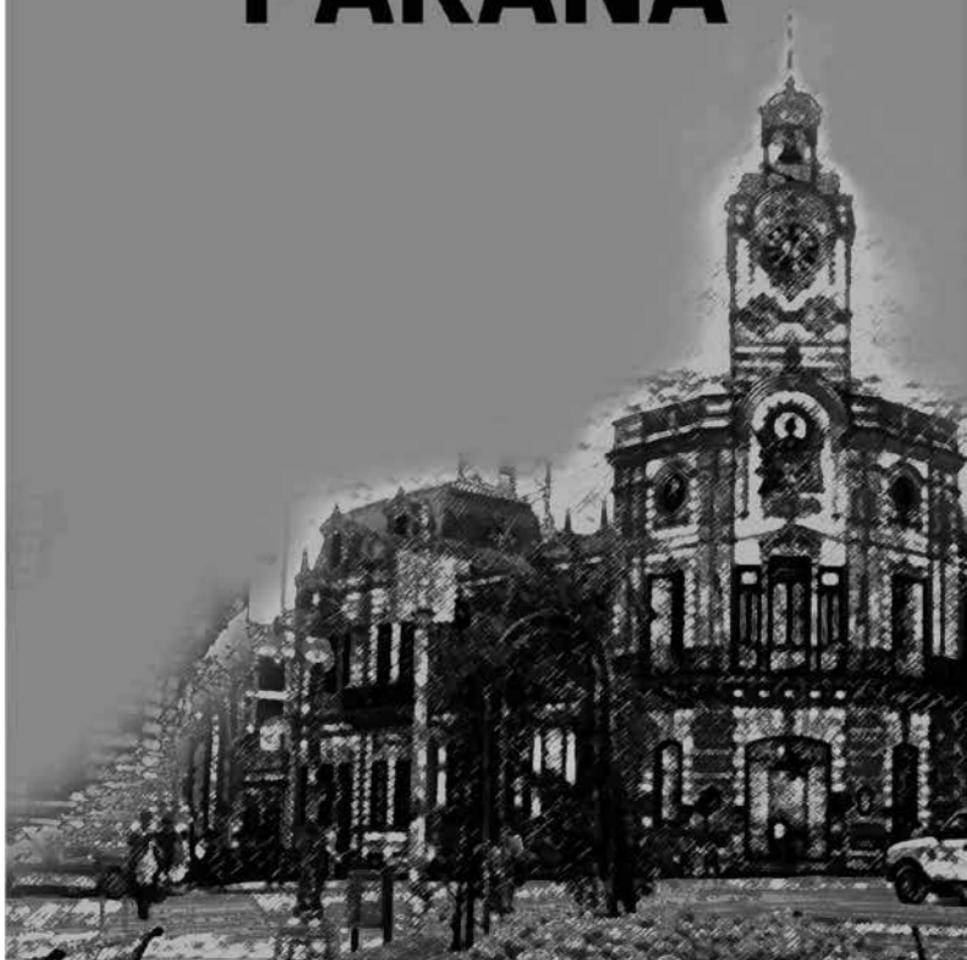
Aparicio se acerca a la ventanilla del Dodge y le recomienda:

—Por favor Don Cosme, no pase por el paso a nivel de la entrada principal. De la vuelta por el almacén de don Otero —Bajando más la voz, agrega—. Los restos del rastrojero del patrón todavía están en el paso a nivel. Dicen que fue tremendo.

Eva, aún confundida, no sabe lo que ha pasado pero el día pinta lindo. El futuro, quién sabe.



MUNICIPALIDAD DE  
**PARANÁ**



# ALERTA AMARILLA

El siguiente texto es una colaboración de **Alejandra Gauna** para **Aliso Revista**. La autora ha publicado varios de sus textos en una antología titulada **Enaguas de río** (Ana Editorial, 2019) junto a otras escritoras.

El mensaje decía te invito a almorzar en el carnaval. Ella dijo que sí (pero sólo por contestar). Hacía varios días que la alegría y el entusiasmo la habían tomado, tal vez era el ritual que practicaba por las noches dando lugar a su propia locura. El acto consistía en pararse delante del ventilador y rezaba una oración celta (que no entendía una mierda) y como una especie de ventisca hacia ella, repetía una y otra vez el slogan de la felicidad “todo lo que llegará a mí, será para mayor bien, cada pensamiento positivo se instalará en el lugar de los deseos, que así sea”. Eso le cambiaba el día (cosa de mandinga), cuando el pensamiento destructor se disponía a surgir, la frase se adueñaba del instante y con una respiración adecuada volvía a la calma. Hasta amó esperar el colectivo más de veinte minutos (cosa de mandinga). Se había puesto una remera roja, con la esperanza equivocada de que hiciera resaltar el color de sus ojos y el brillo de su piel. Su mirada en el frente observando cada detalle y dejando que su mente organice las ideas. El joven que iba a su lado desocupó el asiento, y entonces el que llega primero obtiene el tan esperado premio. Hay que ver como las miradas hablan. Recordó que había



olvidado la manzana para la tarde. También se había dejado las llaves para abrir y cerrar el depósito. Pero nada logró oscurecer su ánimo y su determinación “iba a ser un gran maldito día”. Todo parece tan lento frente a sus ojos, a tal punto que el colectivo se detuvo. Una ovación se escuchó y la voz del chofer anuncia que un desperfecto mecánico obligaba a los pasajeros a bajar. Ella no tenía interés en esperar el próximo colectivo, entonces caminó. Fueron unas treinta cuadras, bajo el sol con alerta amarilla de ese “bendito día de mierda”. Se le habían ampollado los pies, y su rostro ardía de dolor, mientras el joven le seguía enviando audios de lo maravillosa que era, ella sabía que era un embrujo de mentiras, sólo para entretenerla. Pero los pensamientos derrotistas no cabían en su cabeza un tanto dura, “Iba a ser un gran maldito día”. Llegó a destino y el carnaval frente a sus ojos. Ni el dengue, ni el virus chino, ni el leishmaniosis, ni la resignación de una buena pecadora (está aprendiendo cada vez más), pudieron con el “gran maldito día”, él joven la esperaba en la puerta del comedor, ¿habrá sido él o fue el ritual nocturno? ¡Qué sé yo!, cosa de mandinga, vaya uno a saber.

## La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL  
ana

## La suerte de las flores

Melé Graglia

EDITORIAL  
ana

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com /  
0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

# EL PORTAL

El cuento es de **Rafaela Balbi** y pertenece al libro **Misterios en el ocaso** pronto a publicarse.

Daniel era un muchacho recién contratado por una empresa dedicada a la publicidad. A pesar de que no tenía experiencia alguna sobre esta actividad, quería aprender todo lo que fuese necesario para ser un buen empleado.

La planta, donde se hallaba dicha compañía, estaba siendo reformada, a fin de habilitar más habitaciones y contratar nuevo personal. El cubículo donde el joven trabajaba se encontraba dentro de un gran salón que sólo presentaba elementos mínimos como: un teléfono, un anotador y una vieja computadora.

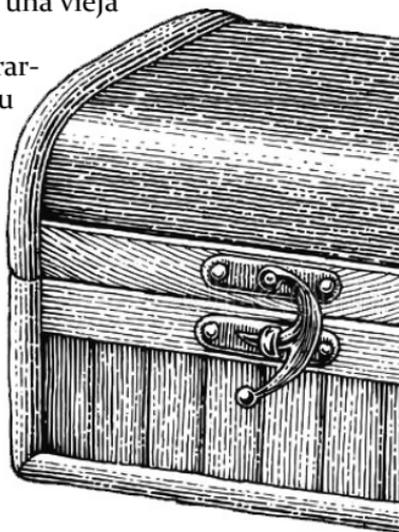
Una vez que el edificio terminó de restaurarse, el reciente empleado fue trasladado a su nueva oficina, junto a tres compañeros más a quienes nunca había visto en su vida. Estaba demasiado ocupado en sus quehaceres para prestar atención al entorno. Su prioridad era enfocarse en lo que hacía a fin de poder ascender en el cargo.

Recibiendo llamadas, diseñando spots ingeniosos y tratando de calcular los gastos del último mes, se escurrían las mañanas. Este intenso ajetreo; suscitaba una gran presión en sus espaldas. Había veces en que el ambiente solía ser tan tenso que parecía podía cortarse con tijeras. Los meses fueron pasando, a la vez que el estrés que le provocaba el trabajo iba creciendo. Quería labrarse un nombre y, tal vez por eso, trataba de ignorar que un clima extraño, sórdido, se estaba gestando en aquella oficina.

Cierto día, cuando había ido a almorzar al restaurante de al lado junto con uno de sus compañeros, se animó a comentar:

–Espero no te parezca raro, pero, ¿no notás que en el trabajo pasa algo?

–¿Algo? ¿Cómo qué? –contestó el hombre.



–Algo extraño –respondió Daniel, temerosamente.

Luego de un minuto de silencio, el hombre puso una expresión de incertidumbre y respondió:

–No, no creo. Al menos yo, no he percibido nada.

El desconcierto del muchacho debió ser evidente porque su interlocutor dijo:

–¿Por qué?

–No sé. Presentimiento, quizás...

Daniel no supo explicarlo, era sólo una impresión; ya que no había sucedido nada relevante por lo cual debiera preocuparse más de la cuenta.

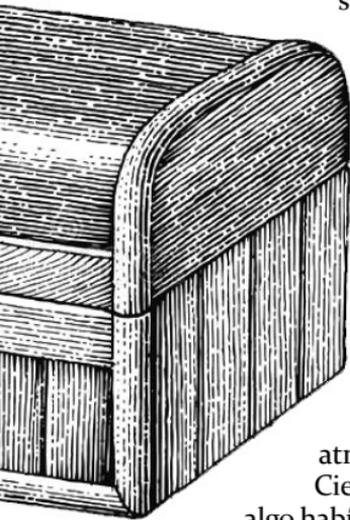
Ya de vuelta en su sitio, sin poder olvidar la charla anterior, observó inquieto toda la sala.

Estaba todo en orden: los escritorios en su lugar, las computadoras trabajando y el cuarto contiguo clausurado e impenetrable, como siempre. Fijó su vista allí. Desde hacía tiempo, en sus pocos momentos libres, se había estado preguntando qué habría detrás de esa puerta.

Los días pasaban y el muchacho se desconcentraba cada vez más seguido mirando aquel recinto cerrado. El enigma del gabinete lo intrigaba sin descanso. Cuando regresaba a la tranquilidad de su hogar, repasaba todo lo que había sucedido durante la jornada, qué había hecho mal y qué bien, y siempre terminaba pensando cuál sería el misterio que guardaba celosamente ese lugar.

Poco a poco fue haciéndose casi una obsesión. Por las noches, casi no podía conciliar el sueño; la imagen de ese umbral que nunca había atravesado lo desvelaba.

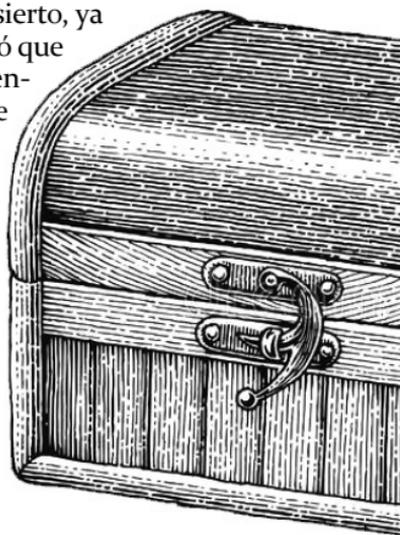
Cierta mañana, al llegar a su empleo, pudo notar que algo había acontecido. La maldita pieza, nicho de su fisco y fuente de fantasías, al fin, había sido abierta. No pudo controlar el impulso de acercarse y saciar sus ansias de curiosidad. Su pecho ardía con un sentimiento pícaro y travieso. Preso de la adrenalina, en cuanto menos se percató, ya se encontraba introduciendo su pie en aquella cueva. Alcanzó apenas a ver que el pequeño espacio se encontraba en vías de restauración, antes de que alguien interrumpiera llamándolo por su nombre. Tuvo que dejar, así, su recorrido para otra ocasión.



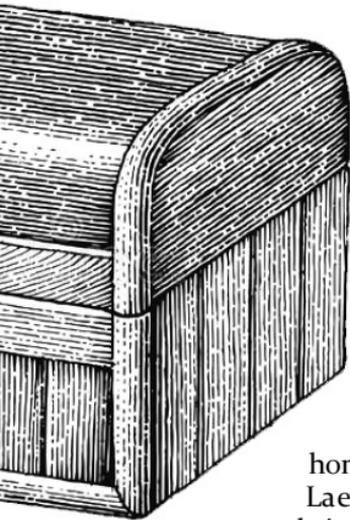
El lunes siguiente, luego de un reparador fin de semana, llegó a su puesto de trabajo y lo encontró desierto, ya que nadie había llegado aún. De pronto, notó que aquel portón que nutría su imaginación se encontraba nuevamente abierto; por lo tanto, se dirigió allí con paso firme, decidido a entrar. Ya dentro, observó que las paredes se hallaban pintadas de un amarillo estridente y el olor a esmalte impregnaba la nariz. Temeroso, fue recorriendo con la vista toda la habitación. Sólo una antigua fotocopiadora permanecía en el centro de la misma y decidió avanzar para mirar más de cerca. Cuando se disponía a encender la luz para poder ver mejor los detalles, golpeó accidentalmente con su pie izquierdo un zócalo del muro y éste se soltó. De allí, salió disparado un objeto, una pequeña caja de madera. El joven se agachó para tomarla e inmediatamente que la tuvo en sus manos, giró una llave de aspecto peculiar que emergía de ella.

Cuando lo hizo, el ambiente empezó a mutar, hasta transformarse en el cuarto de una casa antigua. Las cosas parecían ser de otro siglo, todo estaba en tonalidades amarronadas. Una mujer joven, con un vestido negro a media pierna, comenzó a ordenar papeles sobre un pesado escritorio de madera donde se encontraba una vieja Remington mientras hablaba con un tono quejoso en italiano. El muchacho estaba a punto de desmayarse por la impresión del momento. Trataba de pensar qué hacer. Entonces, atinó a volver a girar la perilla que lo había puesto en esa situación; pero, el temblor de sus manos hizo que el elemento cayera al suelo y la llave salió disparada. Con un movimiento rápido, pudo volver a tomarla y trató de realizar reiteradas veces la maniobra, sin conseguirlo.

Cuando la mujer se disponía a tomar un plumero, un alarido grave y enfurecido retumbó en todo el espacio. Alcanzó a escuchar pisadas profundas y advirtió la presencia de un nuevo personaje: un hombre robusto y barbudo, de pelo negro y piel blanca, quien, acercándose a la chica con los puños cerrados, la tomó sin piedad de un brazo e intentó conducirla hacia un cuarto contiguo. Daniel procuró impedir el maltrato que el gigante ejercía sobre ella y pretendió tomar un florero para golpearlo en la cabeza o,



al menos, empujarlo. Pero no lo logró. No había nada que hacer; sus acciones resultaban vanas en la escena.

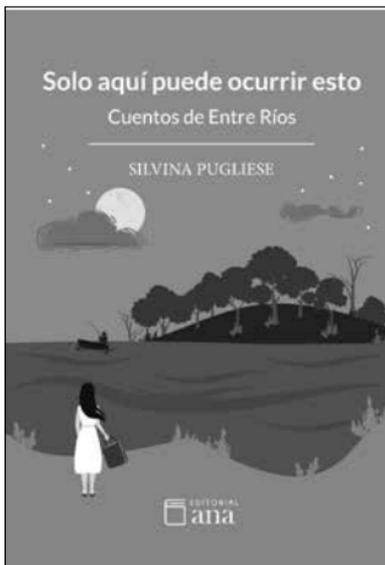


Desesperado, volvió a girar la palanca y cerró los ojos. Su alrededor se volvió oscuro y perdió la conciencia. En medio de un total silencio, escuchó una voz familiar llamándolo por su nombre. Levantó los párpados y distinguió a uno de sus colegas que trataba de reanimarlo. Exaltado, preguntó qué había sucedido, por qué estaba allí. Su compañero le respondió que se había desvanecido hacía una hora atrás.

El ambiente había vuelto a la normalidad; el ritmo de trabajo y su oficina eran los mismos de siempre. Sólo la enigmática sala, donde se encontraba la fotocopiadora, había cambiado.

Era, ahora, el despacho de los nuevos jefes: un hombre y una mujer.

La expresión de tranquilidad de Daniel se tornó incrédula y sombría cuando reconoció en ellos a la pareja protagonista de la visión del cuarto amarillo. Sabía con exactitud que aún no se había librado de ellos.



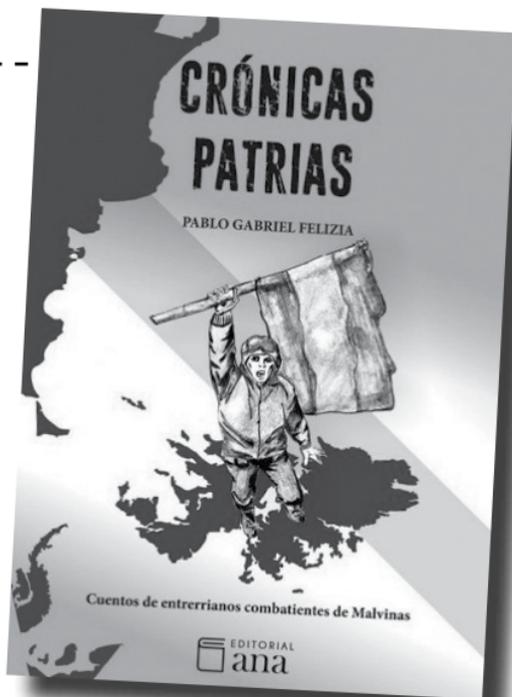
## Solo aquí puede ocurrir esto

Cuentos de Entre Ríos

Silvina Pugliese

EDITORIAL  
**ana**

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com /  
0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com



Crónicas Patrias de Pablo Gabriel Felizia, es el primer libro de Ana Editorial. Son siete cuentos donde se rescatan hechos de heroísmo, de ocho combatientes entrerrianos: Carlos María Vergara, Oscar Barzola, Roberto Andrade, Rubén Nicolás Benza, Héctor Rosset, Ricardo Velázquez, Juan Carlos González y Ramon Duarte.

Escribir este libro llevó cuatro años. El autor quería conocer hechos de heroísmo cansado de escuchar que todos los que enfrentaron a Inglaterra eran unos chicos llenos de miedo. Encontró las historias en las palabras de esos hombres y la ficción se transformó en una cornisa fina entre ellas, tal como las relataron, y el aporte de la literatura.

#### ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios: Desaparición y muerte en bicicletas rojas, La victoria de los visitantes nocturnos, Los poetas de Ramírez y La habitación de los segundos detenidos.

Su primer libro publicado es Crónicas Patrias.

Fue becario del Fondo Nacional de las Artes y es editor en Ana Editorial.



**senado**  
ENTRE RÍOS

[www.senadoer.gob.ar](http://www.senadoer.gob.ar)

**Aliso**  
impresa

EDITORIAL  
**ana**

Cuyas y San Pérez, Paraná, Entre Ríos  
Teléfonos 3434595738/3434283270  
Facebook: Aliso Imprenta

Ana Editorial es una idea de  
Pablo Felizia y Nicolás Tavella  
Teléfono: 3434595738/3415810734  
Facebook Ana Editorial  
[www.anaeditorial.com.ar](http://www.anaeditorial.com.ar)